

## EL ESPEJO DE TINTA •

**JOSÉ ANDRÉS ARBUÉS**  
(Ejea de los Caballeros, 1982)  
Ingeniero técnico agrícola



Gran aficionado a la lectura, hace un par de años se decidió a juntar algunas letras y escribir pequeños relatos, resultando ganador en el Concurso de Microrrelatos Arcadia en 2016. En 2017 obtuvo el primer premio del Certamen de Literatura Miguel Artigas, del cual también ha sido finalista en este año 2018.

# Huellas en el barro (IV)

Volver sin el encargo de su padre no era una opción si no quería sentir su cinturón en las nalgas, así que armándose de valor echó a correr hacia ellos agitando los brazos para espantarlos. Todos los buitres emprendieron el vuelo, a excepción de uno que tenía un aspecto feroz. El bicho empezó a graznar y a agitar las alas cuando mi padre se acercó y éste le tiró el cuchillo que llevaba con intención de asustarle, con la mala suerte o la buena puntería que le clavó la herramienta en el pecho al animal. Pero la alimaña no se lo iba a poner fácil, lejos de desplomarse se enrabetó tanto que mi padre retrocedió hasta esconderse tras una roca.

¡Qué mala suerte! No sólo iba a regresar sin los arreos, también iba a hacerlo sin el cuchillo. Eso sólo podía significar el doble de azotes, así que trato de dominar su miedo y se asomó lentamente tras su parapeto. El buitre se había calmado y estaba tumbado en el suelo, pero no había muerto. Su pico emitía unos sonidos espantosos que le recordaban a la voz del "Estreñido". Acercarse a él no se antojaba una buena elección. No había más remedio, mi padre tendría que esperar a que el animal expirara.

Debieron pasar más de dos horas cuando el ave de carroña pareció que por fin se daba por vencida ante la gravedad de su herida. Mi padre se aproximó con mucho cuidado, se aseguró de que el animal estaba muerto tirándole un par de piedras y entonces, con toda la rapidez que pudo, le arrancó el cuchillo, cortó los arreos del burro y se largó corriendo sin pensar en mirar atrás.

De regreso al pueblo conducía mi viejo coche a todo lo que daba de sí, que no era mucho, para no llegar a tarde a recoger a mis hijos de casa de su madre. Íbamos en silencio y en la radio sonaba una insulsa música a la que no hacía mucho caso porque mi atención estaba puesta en las numerosas curvas de la carretera.

-¡Entra ahí! -exclamó mi padre de repente.

Concentrado como estaba en la conducción no me había dado cuenta de un desvencijado casecón que quedaba a nuestra derecha, a unos quinientos metros de la carretera. Entonces pude ver la casa y la pista de tierra que llevaba hasta ella, que tenía todavía peor aspecto que el edificio.

-Papá, ya sabes que Alicia se pone hecha una furia cuando llego tarde a por los niños, y ya soporté su mal humor demasiado tiempo mientras estábamos casados. Ya daba por zanjado el asunto, pero mi padre puso una mano sobre mi mano derecha, que te-



**ÁNGEL MALLÉN VÁZQUEZ.** Nacido en Zaragoza, es miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense (SFT), en cuyas actividades participa de manera activa. Ha ganado diversos premios fotográficos, entre ellos el I Torneo Fotográfico 'Teruel Ciudad del Amor' en el año 2014.

nía posada sobre el cambio de marchas.

-Hijo, para en la casa, por favor. Vací mis pulmones en un suspiro de resignación y accioné el intermitente derecho. Traqueteando llegamos hasta lo que quedaba de la casa, un edificio construido en piedra que amenazaba con derrumbarse en cualquier momento. Estaba levantada en dos altura y las vigas de madera habían cedido al paso del tiempo y al abandono. El tejado se había desplomado llevándose consigo la primera planta y convirtiéndola en un amasijo de tejas, cañizos, madera y piedras.

La puerta principal había sido arrancada y yacía a un lado del edificio, con la pintura descascarillada y parte de la madera podrida. Faltaban las jambas, los solaretes y los marcos de las ventanas, daba la impresión de que los habían descuajado para llevárselos. Sólo una ventana per-

manecía intacta, con sus puntas de piedra y sus roídos postigos de madera, dando la impresión que por sí sola era capaz de sujetar las cuatro paredes que quedaban en pie.

Dentro, entre los escombros, crecía un vigoroso saúco, como por algún motivo desconocido para mí ocurre en casi todas las ruinas. Tal vez se nutren de los recuerdos que impregnan las piedras, como me dijo mi padre cuando le pregunté si él podía sacarme de la duda.

-Esta es la casa donde creció tu madre.

Mi padre sonrió, imagino que por la estupefacción que debió ver reflejada en mi rostro ante la revelación que acababa de hacerme. Por supuesto que yo sabía que mi madre se había criado en una casa en medio de la nada, pero nunca me había molestado en saber dónde estaba y ahora, sin esperarlo, me encontraba de frente con ella.

Mi abuelo materno había sido ferroviario, guardagujas más concretamente, y vivía en aquella casa propiedad del Estado, cercana a su lugar de trabajo. Cuando se casó con mi abuela ya eran mayores los dos. Mi abuelo, un viudo de más de cincuenta años, tenía una hija para la que pensaba que necesitaba una mujer que se hiciera cargo de ella. Mi abuela tenía cuarenta años y durante la guerra habían fusilado a su prometido, un golpe que no había conseguido superar. Un hermano suyo fue el que la convenció para que se casara con aquel hombre, sin duda una magnífica persona, con quien no sé si volvió a encontrar la felicidad, pero con el que sí que halló algo que daba por perdido: la maternidad.

Permanecieron en la vivienda hasta que mi madre cumplió ocho años, cuando creyeron que sería bueno para ella ir a la escuela y decidieron montar una

tienda en el nuevo barrio que había surgido en el pueblo al calor de la industria.

-Te voy a contar otra historia, pero esta seguro que no la conoces -empezó a decir mi padre-, nunca se la he contado a nadie. Ya ves que esta casa no está muy lejos de la finca. Una vez, siendo yo bastante niño, me acerqué hasta aquí con mi hermano buscando un cabritillo que se nos había escapado y al que habíamos enseñado a embestir. Era muy gracioso, en cuanto veía agacharse a alguien iba a por él para darle un cabezazo.

## El espejo de tinta

El fragmento de hoy forma parte del relato que ganó el primer premio en el certamen literario Miguel Artigas de Monreal del Campo en el año 2017. La imagen que lo ilustra la ha realizado un miembro de la Sociedad Fotográfica Turolense.